COLOMBIA

La Naturaleza de la Cultura

de Margarita Reyes Suárez, Germán Ferro Medina, Sandra Marcela Durán Calderón y Juanita García Caro

Vivencias de los seis ecosistemas y de las áreas metropolitanas representadas, arriba y bajando de izquierda a derecha: Evento musical en Bogotá; tejiendo la palma de iraca en el Eje Cafetero; encuentro de bandolas en la Llanura Suroriental; detalle de peinado en el Bosque Húmedo del Pacífico; navegando por el río Magdalena en la Depresión Momposina; grupo de música carranguera del Altiplano Andino y Abuelo Aurelio Kuiro preparando tabaco ritual en el Amazonas. Página opuesta: (Izquierda) Feria de las Flores en Medellín; (Derecha) músicos de la Depresión Momposina.

Fotos de Carlos Mario Lema, Germán Ferro Medina, Carlos Mario Lema, Liliana Angulo, Fernando Urbina Rangel, Carlos Lema, Villegas Editores y Cristina Díaz-Carrera/Smithsonian Institution

Colombia se ubica en una privilegiada y estratégica esquina del continente suramericano, teniendo de lado a lado dos grandes océanos, el Pacífico y el Atlántico. La cadena montañosa de los Andes

que asciende desde Chile, se abre en Colombia en una triple cordillera que la atraviesa de sur a norte generando un territorio con infinidad de altas montañas y dos valles interandinos. Las tierras bajas de grandes extensiones se prolongan hacia las costas pacífica y atlántica, a las grandes llanuras surorientales y a la selva amazónica. A través del tiempo, sus habitantes han adaptado, transformado y recreado esta naturaleza de modos diversos para establecerse y sobrevivir, venciendo múltiples obstáculos de una geografía escarpada, sobreponiéndose a una política anterior de modelos económicos extractivos y de despojo, ganándole a la violencia y las guerras, resultado de intereses de orden nacional e internacional, e ingeniándoselas con su saber hacer. Los colombianos manifiestan un profundo espíritu de sobrevivencia y creatividad, resultado de la memoria, la tradición, el uso de los recursos naturales de su entorno, la fe religiosa y la terca búsqueda de su sueño por un mundo mejor para sus hijos.

Esta simbiosis entre la cultura y la naturaleza—los ricos y diversos ecosistemas culturales producto de las tierras altas y bajas, conectados por los caminos y ríos de acuerdo a sus sistemas de tradición cultural y de trabajo—proporciona el concepto fundamental de ecosistemas culturales sobre el cual se organiza el programa de Colombia en el Festival de Tradiciones Populares del Smithsonian 2011. El programa nos ofrece una muestra representativa del amplio panorama de su naturaleza cultural expresada en seis ecosistemas y tres contextos urbanos. En cada ecosistema cultural, las poblaciones locales han desarrollado estrategias distintivas para manejar los recursos naturales a través de prácticas culturales que dan origen a leyendas, cantos y bailes; desarrollo de técnicas para la elaboración de cestería, alfarería y joyería; a artes culinarias y prácticas para sanar enfermedades; y a técnicas de pesca, cultivo y construcción de viviendas. Nuestro viaje por estos ecosistemas da cuenta de los contextos, procesos y transformaciones de las tradiciones en Colombia en permanente diálogo con el medio ambiente.

ITINERARIO DE VIAJE

Nuestro recorrido nos lleva por las tierras altas y bajas del país: por la triple cordillera de los Andes, por sus valles interandinos y por las grandes sabanas de bosques y selvas, conectadas natural y culturalmente por ríos y caminos. Comenzamos en las tierras altas o de montaña del Altiplano Andino, ubicadas en la cordillera oriental a más de 2600 metros de altura, principalmente pobladas por gente campesina con profundas huellas indígenas. Continuamos por el Eje Cafetero, después de haber bajado al valle del río Magdalena y ascendido a la cordillera central, visitando los pueblos dedicados al cultivo del café y al comercio. Viajamos al norte hacia la Depresión Momposina en las tierras bajas del río Magdalena, matriz de la cultura caribeña. Sobrepasamos una tercera cordillera para llegar al Bosque Húmedo del Pacífico en el occidente de Colombia, poblado mayoritariamente por afrodescendientes. Realizamos una larga jornada hacia el oriente para reconocer la Llanura Suroriental, frontera cultural del mundo de la vaquería compartida con Venezuela. Y terminamos el recorrido en la Selva húmeda tropical de la Amazonía, región con población indígena diversa, y una rica presencia de recursos biológicos.

Los seis ecosistemas convergen en tres centros urbanos de Colombia, Bogotá, Medellín y Cali. Desde 1950 Colombia ha experimentado una gran migración de la población rural hacia las ciudades en busca de mejor educación, vivienda, empleos y condiciones sanitarias. Más de 12 millones de personas viven en estas ciudades. Palpar la vida en este hito central nos permite examinar la transformación de la cultura colombiana, hasta hace muy poco predominantemente campesina. Las ciudades se convierten en escenario de nuevas formas de vida en las que sobresale el rebusque de oficios y trabajos informales que exige y permite la selva de cemento.

Comienzo de nuestro viaje: Las Tierras Altas

POR EL ALTIPLANO ANDINO DE CUNDINAMARCA Y BOYACÁ

El Altiplano Cundiboyacense, ubicado en la cordillera oriental de los Andes, es la región más poblada, extensa y diversa del país. Durante la conquista española en el siglo XVI, los colonizadores fundaron poblaciones en territorios indígenas, tomando para sí gran parte de estas tierras, que fueron subdivididas para el cultivo combinado de hortalizas, árboles frutales, hierbas medicinales y tubérculos como la papa, destinados a la subsistencia y al comercio. En el siglo XX, las tierras son fraccionadas, quedando en manos de familias campesinas. Los actuales habitantes del altiplano combinan la agricultura con la cría y pastoreo de animales menores y con diversos oficios manuales, especialmente tejidos y alfarería. La actividad artesanal se nutre del rico caudal de memoria y tradición indígena como el cultivo del fique y el conocimiento de otras fibras como el esparto, el palmiche y la lana para la elaboración de redes de pesca, sogas, alpargatas, ruanas, sombreros, mochilas y cestos para uso doméstico, ceremonial y comercial. Hoy en día, los artesanos retoman las tradiciones familiares adaptándolas a las necesidades actuales. Flor Alba, natural de Fúquene, poblado y laguna donde crece la planta acuática del junco, cuenta, "A los ocho años ya mi abuela me ponía a hacer pedacitos de estera en junco. Ya luego inventaron los cestos, y continuamos innovando".

La dinámica entre la tradición y la innovación se evidencia en el arte de Rosa Jeréz, hija de Ráquira, un pueblo de tradición alfarera de suelos ricos en arcillas. Su madre, una reconocida ceramista, le enseñó el oficio del barro y la elaboración de ollas, pero Rosa se rebeló como ella dice, tal vez iluminada por los dioses. Plena de originalidad y de riqueza simbólica, sus figuras de vírgenes, santos e iglesias interpretan la iconografía católica con una audacia que envidiaría un artista de la talla de Gaudí. Una dinámica parecida subraya el arte con la palma de tagua—nativa de los bosques húmedos del Pacífico y del río Magdalena traída a las tierras altas para ser tallada su semilla y convertirse en una actividad tradicional de Boyacá con más de 100 años de historia. El artesano Juan César Bonilla que talla finas miniaturas de la semilla de la tagua nunca deja de explorar las posibilidades de la tradición: "Soy la tercera generación de este oficio, transformo el trabajo de mi padre y exploro el concepto útil de la tagua". En los mercados, esos grandes espacios de intercambio material, social y simbólico del altiplano, los habitantes ofrecen y compran los productos y artesanías que se dan tradicionalmente en la región.

(Izquierda) Rosa Jeréz moldea una pieza tradicional en barro. Foto de Cristina Díaz-Carrera, Smithsonian Institution

(Derecha) Dora Flor Alba Briceño teje un canasto de junco. Foto de René Montero Serrano

EL EJE CAFETERO: CULTURA Y TRANSPORTE EN UN PAISAJE DE MONTAÑA

Continuando nuestro viaje descendemos al valle del río Magdalena y subimos las montañas de la cordillera Central donde se encuentra el Eje Cafetero. Desde mediados del siglo XIX sus colonizadores se establecieron en este amplio territorio andino—caracterizado por fuertes pendientes de rica biodiversidad y densa red hídrica—buscando nuevas formas de subsistencia basada en el maíz y en la agro-exportación del café.

La actividad cafetera se hizo protagónica en este ecosistema, gracias a los suelos volcánicos, un clima favorable, y al desarrollo de un modo de producción, en su mayoría manual, en la que participa toda la familia como parte de su sustento. Se crea así una cultura y una vigorosa identidad, que integra vivienda, transporte y alimentación con una proyección nacional e internacional. José Alexander Salazar señala: "El café hace parte de la cultura de uno, es con lo que uno se crió y con lo que uno ha vivido, con lo que uno ha comido y se ha vestido, y lo que soy se lo debo en parte al café, a mi padre caficultor, entonces, eso hace parte de uno también".

Asociado a la economía cafetera se desarrolló la actividad artesanal de canastos en bejuco para la recolección, transporte y beneficio del café. Como cuenta Ofelia Marín, "La plata está colgada en el monte, eso decimos nosotros los artesanos, porque cuando la gente no tienen trabajo ni nada, pues se van al monte a sacar el bejuco para venderlo a los que tejemos". Con la introducción del plástico, los tejedores de canastos cafeteros, han diversificado sus productos para el mercado y consumo artesanal.

La arriería y el yipao son oficios y modalidades de transporte que han posibilitado el comercio, la comunicación, el crecimiento económico y la exportación del café permitiendo el desarrollo de la región, trasladando todo tipo de productos, primero a lomo de mula, y desde mediados del siglo XX, en Jeep Willys por los caminos y carreteras escarpadas de los Andes. Fabricados en Estados Unidos durante la II Guerra Mundial, estos vehículos llegaron a países en vías de desarrollo agrícola. En Colombia los primeros 100 Willys arribaron en 1950. Desde entonces comenzaron a ser conocidos como yipao, por la forma en que los campesinos pronuncian la palabra jeep, y sus conductores yiperos. El yipao se convirtió además, en una unidad de capacidad, por ejemplo un yipao de café, un yipao de plátano. La arriería y el yipao, son más que un medio de transporte, son los símbolos que identifican a la cultura del Eje Cafetero. Como cuenta el yipero Jhon Jairo Amortegui, "El yipe lo lleva uno en la sangre como llevar uno la familia, uno aprende a querer el Willys como querer a un hermano".

Finalmente, la guadua (Angustifolia Kunth), es una especie nativa del bosque andino, que ha sido igualmente protagonista del paisaje y la cultura cafetera. Sus características de resistencia, durabilidad y flexibilidad hacen que sea de inmensa utilidad, al punto que es conocida como "el acero vegetal". Los habitantes han aprovechado sabia y creativamente las propiedades excepcionales de la guadua convirtiéndola en una alternativa natural al concreto y el acero para construir viviendas, fabricar muebles y todo tipo de objetos decorativos. Actualmente, las nuevas tecnologías de construcción hacen de la guadua un material muy apreciado en la arquitectura moderna de alto diseño como podemos apreciarlo en las estructuras del festival.

(Izquierda) Ofelia Marín pela el bejuco para un canasto.
Foto de Cristina Díaz-Carrera, Smithsonian Institution

(Centro) Tejedora termina un sombrero en palma de iraca.
Foto de Germán Ferro Medina

(Derecha) Un yipao está listo para transportar una carga de café. Cortesía Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

Recorrido por Las Tierras Bajas

LA DEPRESIÓN MOMPOSINA: MESTIZAJE Y CULTURA ANFIBIA

Bajando por el río Magdalena en dirección norte, llegamos a la Depresión Momposina, ubicada en el Caribe colombiano, en las desembocaduras de los ríos Cauca, San Jorge, Cesar y el bajo río Magdalena. Esta llanura aluvial, bañada por ciénagas y caños, y conformada por un conjunto de playones, islotes, y pequeñas tierras altas, conforma un paisaje inundable por debajo del nivel del mar. Su riqueza de tierras cenagosas ofrece una doble actividad de pesca y agricultura conocida como cultura anfibia; una diversidad de aves, peces, anfibios y reptiles como el reconocido caimán, presente en las leyendas, mitos y danzas de carnaval de la región. En esta llanura aluvial han convivido tradiciones culturales mestizas—oficios, culinaria, música, y arquitectura—combinando elementos aportados por los originarios grupos indígenas, la población africana que llegó esclavizada en el siglo XVII y la sociedad española y criolla que durante la época de la Colonia implantó formas de vida en asentamientos urbanos bajo la presencia dominante de la iglesia Católica.

La villa de Santa Cruz de Mompox construida a orillas del río Magdalena en el siglo XVI ha sido por muchos años el punto de encuentro y comercio de todas las mercaderías provenientes del viejo continente, de Cartagena y el Caribe y de la región de Santa Fe de Bogotá. El oro y la plata se acumulaban en Mompox, como pago del impuesto real, propiciando el desarrollo de los orfebres en filigrana, que elaboraban delicadas joyas tejidas a mano con hilos finísimos de metales preciosos. De generación en generación sus familias han continuado la tradición de estos verdaderos maestros y de otros oficios como la forja y la ebanistería.

(Arriba) Grupo de cantaores participa el Festival de Chandé en San Sebastián, Magdalena. Foto de Lina María Cortez

(Abajo) La procesión de la Semana Santa recorre las calles de Mompox. Foto de Villegas Editores

Durante la Semana Santa, la culminación del año ritual católico que conmemora la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, la Villa de Mompox se viste de una rica imaginería religiosa tallada en madera de árboles de la región siguiendo las técnicas y los conocimientos de la época colonial. Tobías Herrera es un imaginero que junto con su hermano heredó el oficio de su padre, él comenta que "Uno busca la manera de hacer que todo le salga mejor, que la escultura quede siempre más bonita, e ir explorando interiormente, el artista que uno lleva por dentro".

Los bailes, cantos y carnavales que alimentan al Caribe colombiano nacen en los pueblos ribereños de esta llanura. Entre las expresiones musicales de este ecosistema predominan los bailes cantados, que evocan los oficios y el acontecer cotidiano de la vida del río. Muchas danzas folclóricas nutren el Carnaval de Barranquilla donde se destacan las farotas y las pilanderas, danzas que evocan la resistencia que opusieron indígenas y africanos ante el abuso de sus mujeres por parte de los colonizadores españoles. En los pueblos del río Magdalena se acostumbra interpretarlas el 20 de enero en la madrugada para anunciar que se acerca el carnaval.

EL BOSQUE HÚMEDO DEL PACÍFICO: LLUVIA, ORO Y BIODIVERSIDAD

Al dejar las cordilleras, llegamos al Bosque Húmedo Tropical que se encuentra a lo largo de la costa pacífica, al occidente de Colombia. El ecosistema está aislado geográficamente del resto del país. Aunque se cuenta entre los lugares con mayor biodiversidad del planeta, es frágil y susceptible al deterioro por la extracción y explotación intensiva de sus recursos maderables, mineros y pesqueros. Los ríos son el eje de la vida cotidiana y el encuentro de todas las actividades económicas, religiosas y culturales, ríos de la vida, de la muerte, ríos de comunicación, ríos sagrados, festivos, ríos de oro y peces, ríos de las identidades. Agua y selva son los elementos constitutivos de la vida y el espacio para el intercambio cultural dentro de este ecosistema.

En consecuencia, la pesca, como fuente de proteína y recurso económico, constituye una actividad de gran importancia. Es un oficio masculino y desde muy temprana edad los varones aprenden a elaborar

(Izquierda) Un altar se construye la última noche de novena como parte de los rituales fúnebres. Foto de Sofía Natalia González

(Derecha) Migdonio Rivas construye un tambor. Foto de Cristina Díaz-Carrera, Smithsonian Institution

Una canoa viaja por el río Atrato.
Foto de Ana María Arango

canoas, remos, cañas de pescar, trasmallos; y a conocer las temporadas de abundancia de las diferentes especies. En invierno, cuando la creciente de los ríos sube, los pescadores usan atarrayas, mallas tejidas a mano, atrapando abundantes peces. El río es la vida, el lugar para el aseo personal y para todas las necesidades domésticas. Hombres y mujeres elaboran rayos y bateas en madera recogida de la selva, y con ellos se sirven para refregar la ropa en los ríos y las quebradas. El lavar en el río es una actividad colectiva, de socialización y fortalecimiento de los lazos comunitarios y solidaridad entre las mujeres. Casi toda mujer tiene su rayo para lavar la ropa de su familia y la que recibe por encargo, aportando al sustento de ella.

Como los lechos de los ríos son ricos en depósitos de minerales—oro, platino, cromo y cobre—los habitantes de la región han participado en la minería, la venta de minerales y en la orfebrería por más de cuatro siglos. La colonia española, empleando la mano de obra esclava proveniente del África, activó la explotación extensiva de estos minerales. La minería colonial determinó así el proceso de conformación de los pueblos de gran parte del Pacífico, con gente mayoritariamente negra y esclavizada que obtuvo su libertad en 1851. No obstante, la minería, sigue siendo hoy, una de las principales fuentes de ingreso para muchas familias que utilizan diversas técnicas y herramientas para la extracción del oro. La joyería es un oficio practicado intensamente, como resultado de la fuerte actividad minera, con técnicas sofisticadas que hoy perviven de los indígenas, combinadas con antiguas técnicas traídas del viejo mundo y en diálogo con diseños actuales.

La simbiosis de agua y selva ha generado un sinnúmero de vivencias y sonoridades que se reflejan en ritmos, cadencias y oralidades. Leonidas Valencia, director del grupo de chirimía La Contundencia, explica: "Lo que nosotros traducimos con esos instrumentos es nostalgia y a veces alegría, pero también mucho dolor porque se llegó en condiciones de esclavo a estas tierras. La gente con la música quiere expresar su sentimiento y lo más profundo del ambiente que vivimos". En el río se escucha también los toques de marimba con instrumentos de percusión y voces: bombos, cununos y guasás que junto con la marimba de chonta se interpretan ritmos de currulao, bunde, juga, berejú y bambuco viejo. Las familias elevan plegarias y peticiones, agradecen a los santos o despiden a los muertos con alabaos, gualies, romances y alumbramientos. Estos son cantos a capela de origen africano y español propios de las mujeres, que se caracterizan por tener una voz solista y un coro que responde a varias voces. Los alabaos y gualies forman parte de los rituales fúnebres que se realizan en las casas de los familiares del fallecido, creando un espacio propicio para el reencuentro y la solidaridad de las comunidades de río, brindando bebidas, alimentos, cigarrillos y esparcimiento con juegos de mesa.

Finalmente, los ríos también son lugar de celebración y procesión. Por el río llegan y se marchan los visitantes que asisten a las fiestas y ritos fúnebres. Por sus cauces se desplazan las balsadas, procesiones en embarcaciones o balsas adornadas que van llevando a los santos, como San Antonio o San Francisco, al vaivén de las aguas, los cantos y los rezos que son entonados por los creyentes, revitalizando su fe y esperanza: "Velo que bonito lo vienen bajando, con ramos de flores lo van adorando. Oi... Oa.... San Antonio ya se va".

(Izquierda) Magdalena Plazas y Arnulfo Pinto bailan un joropo criollo.

(Derecha) Argemiro Pirabán monta su caballo por los llanos.

Fotos de Cristina Díaz-Carrera, Smithsonian Institution

VIAJANDO AL ORIENTE DE COLOMBIA
LA LLANURA SURORIENTAL

Enmarcada en un amplio territorio compartido entre Colombia y Venezuela y cobijada por la cuenca del río Orinoco, una de las más grandes del mundo, llegamos a la llanura Suroriental. Aquí predominan selvas andinas, bosques de galería, morichales y pastizales. En la llanura corren ríos de gran caudal y numerosos caños y quebradas que durante los meses de invierno inundan las planicies y las grandes sabanas. El clima es húmedo y caluroso, con intensas lluvias, seguidas por meses de sequía que marcan los ciclos de la vida llanera, relacionadas con la agricultura, la caza y la ganadería, oficios a los que se dedican sus habitantes. El hato ganadero y el rancho o estancia conforman una unidad productiva que da origen a la cultura de la vaquería, basada en el conocimiento y manejo de las reses, la trashumancia en su caballo, una música propia acentuada en cantos para llamar al ganado y una culinaria basada en la carne. La mamona o ternera a la llanera, carne tierna asada alrededor de brasas calientes durante varias horas, representa la identidad llanera y se acompaña con plátano topocho, yuca, papa, ají y aguardiente.

El cuero de la res ha permitido realizar objetos de uso cotidiano equipando a los vaqueros y a sus caballos en el trabajo del hato llanero. Antiguamente los talabarteros eran los mismos vaqueros, pues su vida se desarrollaba en torno al hato y allí aprendían a elaborar los accesorios y herramientas necesarias para el trabajo, haciendo sus propias sogas, hamacas, conocidas como campechanas, sombreros, cabrestos y cotizas. Hoy en día, la talabartería es un oficio de tiempo completo. Íntimamente ligado al trabajo de la sabana, el joropo colma todos los espacios de la vida cotidiana de los llaneros. Con su fuerza rítmica e interpretativa, esta expresión musical se convierte en la manifestación cultural predominante de la región identificando el sentir recio del hombre llanero. El joropo agrupa no solo los repertorios conocidos como golpes y pasajes sino el baile y el parrando (gran fiesta). Como instrumentos melódicos y armónicos del conjunto, están el arpa y la bandola llanera y como instrumentos armónicos y de percusión están el cuatro y las maracas. Hoy en día se reconocen diferentes estilos de baile pero lo más tradicional es bailar en pareja donde el hombre zapatea con fuerza cortejando a la mujer que se mueve suave y sonriente por el espacio, dando pasos elegantes y delicados. También hay joropo individual y colectivo.

Los bailes y cantos de vaquería y de ordeño también hacen parte del universo cultural de la llanura colombiana. Los bailes del gabán, el cachicamo y la figura de la soga surgen de las experiencias del trabajo en el llano y de la observación de los comportamientos de los animales. Durante años, a través de cantos, los vaqueros han apaciguado a las reses en ordeño y su trasegar entre potreros y hatos. Como cuenta Víctor "Gallo Jiro" Espinel: "Es una forma de tranquilizar el ganado. Es una letra muy bonita que en la mitad de la segunda estrofa canto el verso y pego el eco del cabrestero también, entonces se oye muy bonito". Dice que cuando el cabresto, o el vaquero liderando el ganado al frente no le cantaba, recibía coplas de burla de parte de sus compañeros. Mientras generaciones enteras de familias se han dedicado a trabajar en fincas y hatos propios. Hoy en día, también comparte espacio con otras actividades productivas como agricultura a pequeña, mediana y gran escala, la caza, la pesca y la elaboración de artesanías.

La maloca es nuestra universidad donde está concentrada la palabra del hombre para el manejo del mundo".—Daniel Matapi

(Arriba) Abuela Josefina de la cultura uitoto-muinane prepara el casabe.

(Abajo) La construcción de la maloca requiere de un saber ritual y simbólico especializado. Fotos de Fernando Urbina Rangel

LA AMAZONIA COLOMBIANA: EL PENSAMIENTO HABITADO INDÍGENA

Terminamos el recorrido en la selva amazónica la cual se extiende alrededor de la cuenca del río Amazonas y ocupa más de la tercera parte del país. Las altas precipitaciones, temperaturas y humedad favorecen el desarrollo de una vegetación tupida y exuberante. La mayor parte de la población de esta región es indígena pese a que un alto porcentaje de sus habitantes fueron diezmados o desplazados por el impacto de economías extractivas como la del caucho; posteriormente por la expansión de la frontera agrícola de colonos, la ganadería y los cultivos ilícitos. Actualmente subsisten cincuenta y dos grupos étnicos, que hablan lenguas pertenecientes a trece familias lingüísticas, quienes conviven con grupos ribereños, campesinos y urbanos.

Grupos como los Matapí, Yukuna, Nonuya, Tanimuca, Uitoto, Andoque y Muinane han logrado renovarse y permanecer, gracias a su profundo conocimiento de la selva y sus dinámicas, conservando algunas de sus prácticas alimenticias derivadas de la caza, la pesca y el cultivo rotativo de la tierra; la construcción de viviendas y las celebraciones rituales de gran riqueza simbólica. Varios grupos luchan por preservar la maloca o la casa de la gente, la vivienda tradicional de algunos grupos amazónicos. Daniel Matapi comenta, "La maloca es nuestra universidad donde está concentrada la palabra del hombre para el manejo del mundo". En su interior existen dos grandes espacios: el mundo femenino que comprende la parte trasera de la maloca, allí se encuentra el fogón y todos los objetos asociados a la transformación y preparación de los alimentos, como la yuca brava que ocupa un papel predominante en la dieta indígena. Gertrudis Matapi cuenta, "La yuca brava es muy venenosa. Si no se prepara como debe ser, la persona que la consuma se puede morir. Yo, como indígena upichia,

aprendí con mi madre a prepararla muy bien. Voy a la chagra y arranco unas cuantas matas, después me siento a pelar la yuca, alisto el rayador y la olla de barro y me pongo a rayar y rayar .... Como indígena que soy, es muy importante el cultivo de chagra. Sin ella no hay vida, malocas, bailes ni rituales". La cerámica también pertenece al espacio femenino. Abuelas y madres transmiten, este saber alfarero a sus hijas, enseñándoles la selección de arcillas, las cortezas de árboles y las plantas que se deben mezclar con el barro para obtener mejor consistencia, así como la destreza para modelarlo.

El espacio central de la maloca corresponde al mundo masculino. Allí está el mambeadero, lugar donde los hombres se sientan en sus bancos de pensamiento, mambean la hoja sagrada de la coca y chupan o soplan el tabaco, realizan la curación chamánica y transmiten a los jóvenes sus conocimientos. Los hombres están a cargo de herramientas propias de la cacería y la pesca como trampas, arcos y flechas, al igual que otros objetos para la preparación de alimentos como canastos, matafríos, coladores, cernidores y balayes. Los jóvenes deben dominar las técnicas de elaboración y el significado de los diseños propios de su etnia. Los hombres son los encargados de la elaboración de instrumentos musicales que acompañan los bailes. Es una tarea masculina y ritual seleccionar y transformar las materias primas procedentes del bosque, ya sean las maderas livianas de balso para obtener los bastones resonantes o bastones de guadua delgada, las grandes flautas ceremoniales, los chiruros o capadores y las guayas resonantes que se componen de cascabeles hechos con semillas duras. La fabricación de estos instrumentos rituales, los sonidos y secuencias de su música y los cantos y coros que evocan a los espíritus y dueños de los animales y la naturaleza, expresan el saber y relación con la selva.

La fiesta del chontaduro o baile del muñeco es el ritual de intercambio entre malocas que reafirma los vínculos con el mundo del agua. Se realiza en pleno verano, en tiempo de cosecha del chontaduro, representado por los personajes de los "Abuelos", los ancestros de los grupos indígenas y los "Dueños" de los animales, quienes son invitados a compartir los frutos de su trabajo: la caza, la pesca, el cultivo y la yuca, pero especialmente la bebida fermentada o chicha de chontaduro. Los bailadores representan a los animales con cantos y máscaras, de acuerdo con el relato mitológico sobre el origen de los seres acuáticos y se acompañan con la chicha, la coca y el tabaco ritual.

(Arriba) Máscara ritual para el baile del muñeco.

(Abajo) Un danzante viste para el baile del muñeco.

Fotos de Fernando Urbina Rangel

Zonas de Confluencia

(Arriba) La Plaza de Bolívar se ubica en el Centro Histórico de Bogotá. Foto de Santiago Pradilla Hosie

(Abajo) Quinientos silleteros llegan a la Feria de las Flores en Medellín. Foto de Cristina Díaz-Carrera, Smithsonian Institution

CONTEXTOS METROPOLITANOS: BOGOTÁ, MEDELLÍN Y CALI

Nuestro recorrido termina al llegar a las ciudades de Bogotá, Medellín y Cali, los centros de interacción, comunicación y confluencia entre los diversos ecosistemas y regiones, donde converge y se fortalece el nexo entre lo rural y lo urbano, lo nacional y lo global. La actividad social, económica y cultural que ofrece las ciudades, ha atraído a partir del siglo XX, a numerosos habitantes del campo, motivados por nuevas oportunidades de trabajo y de vida, que el campo ya no les ofrece. La creciente interdependencia entre lo tradicional y lo moderno de las urbes colombianas, ha generado nuevas dinámicas y significaciones en los hábitos, oficios y costumbres de la vida cotidiana, que han transformado y han dado lugar al desarrollo de variadas y creativas prácticas culturales.

Medellín, la Capital de la Montaña, está ubicada sobre la cordillera central. Desde el siglo XVIII sus pobladores construyeron caminos de herradura para surcar las montañas, llegar al río Magdalena y comunicarse con el mundo. Su intensa y dinámica actividad comercial ha estado ligada, desde el siglo XIX, a la exportación del café y los negocios de importación. La acumulación de capital le permitió un temprano desarrollo industrial con fábricas de gaseosas, licores y textiles, y la producción de alimentos y flores. Un símbolo y expresión de Medellín es el silletero que antiguamente cargaba bultos y personas, pero que hoy en día carga flores que cultiva en su huerta. Las organiza en la silleta en ramos para ser llevadas y vendidas en Medellín o para participar con otros 500 silleteros en la Feria de las Flores, uno de los acontecimientos más emblemáticos de la ciudad.

Medellín ha desarrollado un gusto por las artes, la poesía, las ferias y festivales, y la música tradicional campesina de cuerdas, la música de cantina y de arrabal como el tango, que gente de todas edades y clases sociales escucha, baila y aprende con furor en las barriadas. Edinsón Vanegas y Johanna Palacios, bailarines criados en el barrio Manrique, aprendieron de sus padres y abuelos y ahora son profesores: "Nosotros contamos una historia a través del baile, y que la gente viva en tres minutos una novela. Todo el mundo tiene la posibilidad de bailar tango y se les puede inculcar la cultura del tango. El tango es un sentimiento".

Bogotá es una ciudad del siglo XVI, de tradición hispana y católica, ubicada sobre la cordillera Oriental de los Andes, a más de mil kilómetros de un puerto marítimo. Es la capital de Colombia y el centro del poder político y económico, un lugar estratégico de conexión donde confluyen las inmensas y diversas regiones del país.

Bogotanos disfrutan de un concierto en uno de los parques de Bogotá. Foto de Carlos Mario Lema

Con más de siete millones de habitantes procedentes de todos los rincones del territorio nacional y los miles de turistas que la visitan cada año, Bogotá hoy es una ciudad cosmopolita donde convergen diversas tradiciones culturales, artísticas y religiosas de muchos lugares del mundo. Como todas las grandes ciudades, desecha y genera millones de toneladas de basura y su interés frente al reciclaje es incipiente. Frente a la necesidad de sobrevivir y encontrar oficio para subsistir, los habitantes apuestan a todo tipo de rebusque y han encontrado en el reciclaje unas formas de vida, una certeza y una enseñanza, como afirma el maestro Hernando Ruiz director de Reciclarte: "La basura no es basura, la basura no existe y los desechos se vuelven arte. La mayor fuente de materiales es el hogar. Se trata de transformar materiales de desecho en materiales útiles; de crear espacios alternativos de investigación y enseñanza artística en una mejor relación con el medio ambiente".

Situada a orillas del gran río Cauca en el valle interandino de las cordilleras central y occidental, Cali es una ciudad mulata, confluencia y mestizaje cultural de selva, valle y montaña que ha desarrollado enormes comunicaciones con el Pacífico y el mundo a través del puerto marítimo de Buenaventura. En consecuencia le llegó la salsa, un ritmo esencialmente afro-caribeño creado por migrantes latinos en Nueva York, que se convirtió en un fenómeno cultural de identidad de la ciudad Caleña. Cali es ahora, sin duda, una de las mecas de este baile alegre y vibrante nutrido por la enorme presencia de la cultura afrocaribeña y la población migrante que llego a trabajar en el pujante desarrollo industrial.

En estos tres contextos urbanos se encuentran de manera simultánea movimientos musicales de diversa índole. Las llamadas músicas jóvenes se mezclan con sonidos de música popular y clásica sin delimitar fronteras. El rock, la ranchera, el tango, la salsa, la música tropical, la balada, el hip hop, el jazz, la música clásica, la electrónica y muchas más, circulan por los diferentes circuitos urbanos no solo mezclándose entre ellas sino con las sonoridades y vivencias propias de la ciudad. Podemos encontrar distintos énfasis musicales, por ejemplo: Bogotá puede ser más roquera, jazzística y ranchera; Medellín más cercana a lo tropical y a las músicas populares como el tango o la carrilera y Cali a la salsa y al hip-hop. Durante las últimas décadas músicos de los diferentes géneros han encontrado nuevos elementos en las músicas tradicionales y campesinas provenientes de las regiones del país, que alimentan sus propuestas musicales. Surgen entonces las "músicas de fusión" o las "nuevas músicas colombianas" en donde grupos de rock hacen bambucos rockeros o utilizan instrumentos tradicionales como la marimba o los tambores. Otros grupos tocan jazz con bandolas andinas y llaneras, las cumbias con guitarra eléctrica o con mezclas de música electrónica y los currulaos con objetos sonoros producto del reciclaje.

En las dinámicas y complejas ciudades de Bogotá, Medellín y Cali convergen las diversas experiencias, tradiciones y regiones que comprenden Colombia. Los habitantes más antiguos así como los recién llegados conservan sus prácticas tradicionales, adaptándolas y transformándolas de acuerdo a nuevos contextos y necesidades. A través de su saber y sus relaciones sociales, conectan estos centros urbanos a la vida, a la cultura y a la naturaleza de los diferentes ecosistemas del país poniendo claramente en evidencia la interdependencia que caracteriza la vitalidad de cualquier ecosistema—la actividad y el intercambio necesario para sostener la vida y la cultura.

La basura no es basura, la basura no existe y los desechos se vuelven arte. La mayor fuente de materiales es el hogar. Se trata de transformar materiales de desecho en materiales útiles; de crear espacios alternativos de investigación y enseñanza artística en una mejor relación con el medio ambiente".—*el maestro Hernando Ruiz, director de Reciclarte*

De las principales ciudades de Colombia, a sus selvas, sobre sus montañas y a través de sus llanuras, por la costa y por el eje cafetero, nuestro recorrido por los ecosistemas nos ha introducido a la naturaleza de la cultura en Colombia, al desarrollo de las diferentes culturas del país a través de la interacción de sus habitantes con su medio natural. En el Festival de Tradiciones Populares del Smithsonian del 2011, celebramos la rica diversidad bio-cultural del país. Cien sabedores colombianos cantarán, bailarán, contarán historias, prepararán comida y harán representaciones de oficios tradicionales y ceremonias religiosas. Tejedores, orfebres, ganaderos, arrieros, yiperos, entre otros, demostrarán la sabiduría, la creatividad y el compromiso que surge de una comprensión profunda de la tierra que habitan.

Margarita Reyes Suárez es curadora del programa de Colombia. Es antropóloga con maestría en museología, coordinadora del grupo Patrimonio Arqueológico del Instituto Colombiano de Antropología e Historia y curadora del Museo Nacional de Colombia.

Germán Ferro Medina es miembro del equipo de investigación y curaduría del programa de Colombia. Es antropólogo, investigador de la Fundación Erigaie, profesor en la Maestría de Patrimonio Cultural y Territorio de la Universidad Javeriana en Bogotá, Colombia y candidato a Doctor en Historia.

Sandra Marcela Durán Calderón es miembro del equipo de investigación y curaduría del programa de Colombia. Es antropóloga con estudios de Maestría en Historia y docente e investigadora en temas de Patrimonio Cultural de la Fundación Erigaie en Bogotá, Colombia.

Juanita García Caro es miembro del equipo de investigación y curadoría de la Fundación Erigaie para el programa de Colombia. Es antropóloga de la Universidad de los Andes, opción en Artes Plásticas.

LECTURAS ADICIONALES

Bushnell, David. *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself.* Berkeley: University of California Press, 1993.

Ferro Medina, Germán, Margarita Reyes, and J.S. Rojas. *Río Magdalena: Navegando por una Nación.* 2nd ed. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2010.

Parsons, James J. *Antioqueño Colonization in Western Colombia.* 2nd ed. Berkeley: University of California Press, 1969.

Posada-Carbo, Eduardo. *The Colombian Caribbean: A Regional History, 1870-1950.* New York: Oxford University Press, 1996.

Rausch, Jane. *The Llanos Frontier in Colombian History, 1830-1930.* Albuquerque: University of New Mexico Press, 1993.

Reinhardt, Nola. *Our Daily Bread: The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes.* Berkeley: University of California Press, 1988.

Safford, Frank. *El problema de los transportes en Colombia en el siglo XIX.* In *Economia Colombiana del siglo XIX*, edited by Adolfo Meisel Roca and Maria Teresa Ramirez. Bogotá: Banco de la República, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Safford, Frank, and Marco Palacios. *Colombia: Fragmented Land, Divided Society.* New York: Oxford University Press, 2002.

Schultes, Richard E., and Robert F. Raffauf. *Vine of the Soul: Medicine Men, Their Plants and Rituals in the Colombian Amazonia.* Oracle, Arizona: Synergetic Press, 1992.

Wade, Peter. *Music, Race, and Nation: Música Tropical in Colombia.* Chicago: University of Chicago Press, 2000.

West, Robert C. *Colonial Placer Mining in Colombia.* Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1952.